

"Serenata a la luz de la Luna"

Se está abriendo el camino de una comedia crítica en el cine español hasta ahora más intermitente. Experiencias tan notables e inteligentes como las propuestas por Fernando Fernán-Gómez en "La vida por delante" y "La vida alrededor" no han tenido una continuidad segura. En cualquier caso, los autores que han coincidido en esa línea no parecen responder al movimiento colectivo que surge en estos momentos con mayor claridad. "Serenata a la luz de la Luna" se apunta al mismo. Sus autores, Carles Jover y Josep A. Salgot, tenían ya en su haber la breve experiencia del excelente corto "Madison" y han querido continuar la línea allí apuntada, aunque, como es lógico, desde la perspectiva que la crítica mordaz de cierta burguesía catalana propuesta en la película les exigía.

Lo que los autores no parecen haber conseguido, sin embargo, es adaptarse a las exigencias de un largometraje cuya estructura obliga a algo más que a esporádicas situaciones de humor. La película se abre a una serie de secuencias en las que, como tesis de mayor envergadura, se establece la dicotomía entre unos personajes "positivos" y otros más claramente grotescos, perdiéndose así la posibilidad de una mordacidad consistente. No hay nada más difícil que plantearse una película de humor a favor de unos personajes, por muy contrastados que se les presente. Es obvio que la caricatura a la que obliga la parte más crítica se extiende igualmente hacia esos personajes "positivos" que quedan, por lo tanto, esquematizados. Defender, en consecuencia, un esquema tiene el peligro de producir también risa, pero en un orden muy distinto al pretendido por los autores. Seguramente es aquí donde aparece el error de "Serenata a la luz de la Luna". Aun siendo un esfuerzo respetable, carece de la agudeza de "Madison" y no aporta al panorama de la comedia cinematográfica de nuestros días una novedad similar a la de aquel corto. Lo que no elimina aciertos parciales y, sobre todo, el intento de reírse de una sociedad que ahoga cuanto le rodea. ■ D. G.



The Troggs.

MUSICA

The Troggs, en el Martín

En el teatro Martín, de Madrid, se está llevando a cabo un interesantísimo experimento musical: traer grupos de rock casi siempre interesantes, con localidades a bajo precio, y crear además, dentro del teatro, un ambiente divertido, que facilite el encuentro entre personas, fuera de la formalidad encorsetada de los conciertos al estilo tradicional; la existencia de un bar dentro mismo de la sala facilita las cosas y añade cordialidad al asunto. La gente va, desde luego, a escuchar música, pero también a divertirse, a jugar. Porque el rock es música y espectáculo, pero también es juego, diversión colectiva, celebración de una fiesta que no hacen sólo los grupos que tocan, sino también el público.

Uno de los mejores grupos que han aparecido en ese teatro han sido The Troggs, un grupo inglés que empezó a funcionar en los años sesenta y que —a pesar de su muy buena calidad intrínseca— nunca llegó a destacar demasiado. Desde luego, hay que reconocer que en sus tiempos era difícil, pues tenían que competir con gente de la talla de los Kinks, Who, Rolling Stones, etcétera. A pesar de ello, The Troggs eran un grupo realmente bueno: hacían un rock duro y agresivo, sin nin-

guna complicación ni pretensiones, que explotaba al máximo los componentes de sexo y violencia inherentes a este tipo de música. Hoy, casi quince años después de su aparición, siguen haciendo lo mismo. Y, desde luego, lo que hacen funciona hoy como entonces, o tal vez mejor.

The Troggs hacen un tipo de música que se podría calificar como de pre-punk. Ellos empezaron lo que ahora está haciendo todo el mundo: la violenta historia del rock fácil, pesado, hecho más para ser bailado que para escucharlo cómodamente sentado en un sillón. Las casas de discos y los medios de comunicación de masas nos han hecho creer que el asunto empezó con Sex Pistols y demás punkies, pero no es así. Y The Troggs han venido a demostrárnoslo, a darnos una lección de historia del rock. No se trata de un grupo excepcional ni maravilloso; pero sí de un grupo con ideas y sobre todo con eso que ahora se valora tanto: con marcha. ■ EDUARDO HARO IBARS.

TEATRO

Alberti y Nuria Espert: mostrar la poesía española

Rafael inicia la presentación de "Aire y canto de la poesía" con estas palabras: "Podría el

presente recital —autores y poetas— haber sido otro. Pero este primero a dos voces entre Nuria Espert y yo lo hemos decidido así".

¿Y por qué así?

Recuerdo al Rafael de hace unos meses. Acababa de renunciar al escaño de diputado por la provincia de Cádiz y su conversación estaba aún llena de recuerdos de la campaña electoral, de sus breves discursos en verso, de su ir de acá para allá, ganando votos o metiendo la poesía en los actos de su partido. Aquel Rafael llegaba ante nuestros ojos con un claroscuro dominante: la claridad de la calle y el sentimiento de verse maltratado por los "poetas sentados", el calor de su público multitudinario y el saber que más de uno veía aquella experiencia como una definitiva y penosa derrota del poeta de "Sobre los ángeles" a manos del autor de las "Coplas de Juan Panadero". Rafael se rebelaba contra el desprecio de la poesía de la calle y gritaba que en la calle y en la casa pueden escribirse buenos y malos versos, que son dos modos de encarar la creación literaria, sin que ninguna tenga derecho a considerarse superior. Para Alberti —que por algo figura entre los principales participantes, en 1927, en el III Centenario de Góngora, Angel de la Luz y Angel de las Tinieblas— existían dos caminos igualmente profundos, aunque uno pasara por las calles y la urgencia, y el otro por la soledad y el sosiego. ¿No figuraron, acaso, entre sus primeros versos del exilio, después de tres años de poesía de guerra, aquellos que saludaban el reencuentro con la calma, con el verbo y el adjetivo precisos?

Yo creo que el recital que acaba de preparar con Nuria Espert, presentado en el Aula Juan del Enzina, de Salamanca, y destinado a cruzar por muchas ciudades españolas, es también, en cierto modo, un viaje del Alberti callejero a aquel otro que, periódicamente, ha luchado por la seriedad y la perfección, hundiéndose más y más sus raíces en la historia de la literatura castellana, en Gil Vicente, Lope de Vega, Góngora, o los grandes cancioneros. En Alberti siempre ha habido una serie de tránsitos poéticos: del mar a la tierra, del puerto al Guadarrama, de la chufra a la elegía, de la urgencia a la experimentación, del compromiso total con el presente a la dolorosa en-

trega a la memoria... Ahora, este recital nos aleja del Alberti "reciente", del Alberti diputado, del Alberti coplero, para restituirnos ese otro Alberti amamantado por los grandes poetas del pasado. El que esta restitución se haga desde un escenario no deja de tener algo de síntesis, porque si las poesías elegidas —de Rafael o ajenas— pertenecen a la más inquestionable antología y Alberti presenta a sus autores con los

actores españoles tienen la fuerza, la sensibilidad y la inteligencia de Nuria para abordar esta empresa. Ella garantiza que la poesía —y algunas canciones de los vihuelistas clásicos— será adecuadamente expresada y que el empeño tendrá una entidad "teatral", más allá de la calidad literaria de los textos o la intencionalidad del recital.

En Salamanca, "Aire y canto de la poesía" incluyó poemas del



Nuria Espert y Rafael Alberti.

términos de un profesor de literatura, el verle a él ante el atril, su aire de ilustre comediante, lo acercan a ese otro Alberti luchador, rapsoda de frentes y mítines, que tiene un puesto singular en la cultura española contemporánea. No importa que Rafael, en este primer recital de Salamanca, procurara evitar las confidencias y medir sus intervenciones con textos previamente escritos, como deseos de que los "protagonistas" fueran los poetas elegidos y no él. El público de Salamanca —en su mayoría joven, que llenó el teatro y se amontonó por los pasillos— quería "ver" a Rafael Alberti y a Nuria Espert, los quería sentir como personajes de la historia española y no como los simples canales de una experiencia ajena. La aventura de estos recitales conduce inexorablemente a un punto: aquel en el que Alberti sea el "personaje de la calle" mostrando su amor por la poesía culta, rompiendo la dicotomía popular y alejado de cualquier sospecha de facilismo.

La presencia de Nuria Espert supone, por otro lado, un elemento fundamental. Muy pocos

Arcipreste de Hita, marqués de Santillana, Jorge Manrique, García Lorca, Garcilaso de la Vega, Rafael Alberti, Gil Vicente, fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Góngora, Quevedo, Miguel Hernández, Unamuno, Bécquer, Rosalía de Castro, Antonio Machado, Neruda... El orden, como se ve, no era cronológico. Existía una relación sentimental y temática que nos condujo desde Juan Ruiz a un poema de Alberti, quizá con la intención última de remitirnos al verdadero protagonista social de la noche: el pueblo español a través de los siglos.

En otras ciudades, para mejor acordar el programa con el lugar, se cambiarán los nombres de algunos poetas. Pero sustancialmente el recital será el mismo. La actriz y el poeta tienen claro su objetivo: andar de un lugar a otro con la gran poesía española, incluyendo poemas catalanes y gallegos, solicitando, cuando llegue el caso, la colaboración de los poetas vascos...

¡Admirable Alberti! Un hombre siempre vivo y renovado en la difícil España del siglo XX...
■ JOSE MONLEON.

ARTE

Yo no sé qué fue lo que ocurrió las otras veces que expuso Pepi Sánchez aquí en Madrid —¿estaba yo de viaje, o qué?—. Lo cierto fue que no pude comentarla. Y bien que lo sentí, porque Pepi, que es paisana mía, de Sevilla, es una antigua amiga mía... desde que ella era una chiquilla, y ya despuntaba, juntamente con su hermana Loli, que está casada con el pintor Ramón Monsalve, y ya insinuaban las magníficas pintoras que llegarían a ser. Ahora, Pepi tiene abierta una exposición en la galería Altex, y no como pintora —que es lo que es, y muy buena— ni como escultora, sino como "animadora de piedras". Animadora de piedras, sí, no se me ocurre otro nombre para esa extraña manipulación que Pepi realiza con las piedras encontradas en los ríos y en las playas, a las que ella le añade el aditamento pictórico necesario para transformar una piedra en una bella pieza policroma. Cuando llegué el otro día a la galería de la calle de Almagro estaba con ella su marido, el escritor Manolo García Viñó, y Marivi, esa chica gallega tan simpática que ha sido compañera mía durante mucho tiempo y a la que tanto quiero toda mi familia. Es una chica a la que yo me niego a llamar "Victoria", que es su nombre según los papeles, porque así, tan victorioso, ese nombre tiene resonancias fascistas... Y no. Pues me gusta encontrarme con Pepi y con su familia, porque es un poco como retornar al pasado: "Oye, Joselito, ¿pero entonces no has vuelto a tener nuevas noticias de Felipe?". Joselito soy yo, aunque no lo parezca, para un grupo de amigos de Sevilla, y Felipe es un viejo amigo, muy querido por todos nosotros. Pero atendamos, ahora, a la exposición de Pepi Sánchez.

"Piedras", de Pepi Sánchez.



Pepi Sánchez: Pedruscos animados

Somos muchos los transeúntes de este mundo pictórico que, siendo o no artistas, incluso los escultores, se sienten sugestionados por una piedra, o por un cacho de piedra, que emerge levemente del lecho de un río, o del mar en su orilla; o simplemente, por todos los campos de detritos líticos —y son muchos los que hay—, que nos ofrecen frecuentemente piedras y fragmentos de piedras que cualquier imaginación sabe convertir en escultura. Don Eugenio d'Ors solía repetir una "boutade" casi correcta. Decía que un escultor es un hombre que toma una piedra y le quita lo que le sobra. Pepi Sánchez hace al revés: toma una piedra y le añade pictóricamente lo que le falta y a veces lo que le sobra para hacer de tal pedruzco una deliciosa pieza policroma, con su pequeña historia llena de vida. Son, sí, historias llenas de vida; pero, sobre todo, llenas de poesía. Curiosamente, son historias decididas casi previamente por el accidente archimilenario que decidió la forma rugosa de esa piedra, a la que ella se ha atenido para decidir la historia que la tal piedra debe contener.

Pero lo bueno es que Pepi Sánchez puede salir airosa muy fácilmente de esa prueba que ella misma se impone. Es una excelente pintora. Y su mundo pictórico —el mundo de la realidad que en ella es habitual— no se contradice para nada con ese mundo digamos policromo que ella pone ahora en juego. Su mundo es el del final del Antiguo Testamento y el comienzo del Evangelio. Todo lo cual, en sus manos, acaba siendo una interpretación deliciosa.

Como yo nunca he tenido ocasión de comentar una exposición de Pepi Sánchez en la que ella se nos muestre en su verdadero ser, como pintora, estoy esperando. No quiero decir con esto que la pintora se haya negado a sí misma con esta experiencia de policromía o, mejor dicho, de piedras animadas. No; creo que la gran pintora que hay en Pepi se nos muestra ahí, en esas piedras, suficientemente, pero espero a verla, pues estoy seguro de que ahí hay una gran pintora. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.